

## APÉNDICE

---

### A. — Opiniones en favor del poligenismo.

A propósito de lo que más arriba hemos dicho, permítasenos citar entre el gran número de investigadores que han tomado parte en el poligenismo un representante de la historia natural y un adepto de la historia de la civilización.

Burmeister, en su historia de la creación (*Geschichte der Schöpfung*), se expresa sobre esta cuestión en los términos siguientes: «Por lo que concierne á la cuestión de saber si todos los hombres descienden de una pareja única, la investigación científica no atestigua más que un solo hecho en apoyo de la doctrina que responde afirmativamente. He aquí este hecho: todas las naciones de la tierra pertenecen á una sola y misma especie en el sentido que la historia natural atribuye á esta palabra, y sus diferencias, sean las que quieran sus ramificaciones, no pueden ser consideradas más que como caracteres de variedad. Hay tendencias á imputar estas diferencias en los cambios de condiciones climatéricas que esta misma especie ha sufrido en el transcurso del tiempo y se han de derivar de aquí las múltiples separaciones que existen entre las naciones. Esta manera de ver es muy exacta en sí misma, en estos límites, pero es errónea desde que aplica al hombre lo que ha sido obser-

*vado sobre los animales.* Las razas de animales domésticos que son particulares á un cierto clima ó á un cierto suelo, no tardan en degenerar cuando son transportadas bajo otros climas. El bello toro de los Alpes no conserva más que en sus montañas su carácter especial. El buey de Hungría, de grandes cuernos, se modifica cuando deja los nutritivos pastos de su país. Las ovejas de lana fina volverían poco á poco á la especie de su origen más gruesa, si de tiempo en tiempo no se les infundiese sangre primitiva en toda su pureza. Sin embargo, la raza que ha sido trasplantada á un nuevo suelo y conserva cierta originalidad, aún cuando está en camino de degenerar hállase lejos de tomar completamente el carácter de la raza origen que habitaba primitivamente en este suelo. *En cuanto al género humano, se comporta de otro modo, porque el tipo nacional no degenera* cuando es transportado del país de origen á otra comarca; conserva, por el contrario, tanto más marcadas sus propiedades cuanto más lo eran en sus antecesores. Jamás en el período de nuestras observaciones históricas, un judío de *individualidad pronunciada* y de origen israelita puro, toma el tipo de un alemán auténtico, por largo tiempo que habite en Alemania. Jamás los europeos que han emigrado á Africa ó América, se han convertido al cabo de los siglos en negros ó caribes. *¿Cómo los descendientes de Adán, que debían poseer un tipo de familia particular, hubieron podido transformarse en negros, papues, caribes, malayos ó mongoles?* No hay ninguna razón para este cambio, y he aquí por qué negamos la exactitud de esta hipótesis. Si, por el contrario, se admite que haya habido *en muchos puntos de la tierra* muchos autóctonos conformes con los grandes rasgos de un tipo general, lo que ciertamente ha sido, vista la *concordancia específica*, no en

contramos dificultad alguna para explicar las diferencias perceptibles.

Hemos, en efecto, visto ya, que una gran parte de todas las diferencias perceptibles debían ser atribuidas á las relaciones del exterior, á las cuales han estado expuestas las criaturas en la *época de su aparición*; y no podemos asombrarnos de que el hombre esté sometido á las mismas leyes en su aspecto exterior, aunque su estructura no permita diferencia definible, es decir, diferencia típica, en atención á que una diferencia de esta especie sería incompatible con semejante identidad de especie. Todos los hombres tienen el mismo número de miembros, de dientes, de dedos, de huesos, de vértebras; concuerdan igualmente por las proporciones relativas de estas diversas partes de entre sí, por lo menos en las proporciones esenciales. Pero tanto como se parecen en este respecto, tanto difieren por el color, la estatura, la estructura del rostro, las extremidades y los cabellos; son tan numerosas estas diferencias como las que pueden presentar las diversas razas de animales domésticos. Al comparar entre sí estos dos fenómenos, ofrecen á la verdad mucha semejanza, y al llegar á reconocer que las variedades de animales domésticos son ciertamente de origen posterior, *se ha creído poder admitir que sucedía lo mismo con respecto al género humano*, y tomar todas estas modificaciones por modificaciones de una forma primitiva única; pero el hecho tenaz de la persistencia de las diferencias nacionales no permite esta conclusión... Dados estos hechos, tenemos el derecho de *negar que sea posible que todos los hombres se deriven de una pareja única*. Las grandes diferencias que presentan las naciones entre sí, nos obligan, por el contrario, á afirmar que han aparecido primitivamente muchas parejas humanas: podemos demostrar la exactitud de esta

opinión al considerar las colores en las diversas naciones. Si, en efecto, todas las naciones descendiesen de una pareja única sería menester que todos los matices procediesen de un todo fundamental, lo que á mi entender es imposible. Si el negro del negro fuese un blanco de Europa oscurecido y el amarillo del Mogol fuese intermediario, el rojo cobrizo del americano no tendría puesto en esta gamma. Se podría con razón preguntar por qué los neolandeses y los papues se han hecho negros, mientras que los habitantes de las islas de la Reunión y de los Amigos, que habitan más cerca del Ecuador, tienen un color amarillento; sería preciso, además, explicar por qué en América todas las naciones, desde la bahía de Baffin hasta la tierra del Fuego, han tomado un color rojo oscuro cuyo tono fundamental es el mismo; mientras que en el hemisferio oriental, las poblaciones blancas, amarillas, aceitunadas ó negras, habitan al lado las unas de las otras.

No cesaríamos de señalar nuevos hechos incomprensibles, siendo el punto de partida también incomprensible. En suma: la doctrina completa se presenta á las miradas científicamente esclarecidas del observador exento de prejuicios de una manera muy desfavorable: puede admitirse sin vacilar que jamás observador alguno tranquilo hubiese tenido el pensamiento de hacer descender á todos los hombres de una pareja única *si la historia mosáica de la población* no le hubiese enseñado esta unidad de origen. Los escritores se han atenido á esta historia; se ha querido seguir conservando la autoridad de la Sagrada Escritura, aun en los dominios en que no puede ser considerada como infalible, y sobre los cuales no ejerce influencia determinante desde que el hombre ha seguido su experiencia científica personal, adquirida con grandes penalidades y tra-

bajos; así es como un gran número de investigadores que en su gran parte no conocían suficientemente los resultados de la ciencia natural, se han creído forzados á defender el mito tomado del Antiguo Testamento. He aquí por qué defienden una opinión científica edificada sobre este texto. Esta opinión es insostenible en cuanto se la examina de cerca. Se puede *creer* en la pareja única; pero los defensores de esta opinión, cuyo número aumenta desde que la ciencia ha abandonado el dogma, se han extremado en toda especie de ensayos de explicación, sin llegarla á establecer científicamente. ¿Qué milagros, qué extraños caprichos del azar hubiesen sido precisos para que una pareja única hubiese tenido, en el espacio de cuatro mil años, una descendencia de mil millones de hombres, los cuales, partiendo de un punto único, se hubiesen repartido (¿por qué medios?) por islas lejanas, por los diversos puntos del gran continente americano, tan alejados los unos de los otros? ¿Por qué no permanecieron juntos en las fértiles llanuras en que habían visto la luz? ¿Por qué prefirieron ir á los polos glaciales, á los polos de la tierra? ¿Cuál ha sido la causa del desarrollo de lenguas tan diferentes, cuyos elementos fundamentales son en parte heterogéneos? ¿Cómo habiendo una nación hablado en un principio la lengua de sus antepasados, habría de haber llegado más tarde á una lengua de todo diferente? (Burmeister: *Geschichte der Schöpfung*, 5.<sup>a</sup> edición, 1854, páginas 564 á 568.)

Kolb, en su obra titulada *Culturgeschichte (Historia der Menschheit, Historia de la civilización de la humanidad)*, trata esta cuestión de la manera siguiente: «Por lo que concierne á la cuestión de la descendencia de una pareja única ó parejas diferentes, sólo la última hipótesis nos parece verosímil. Estamos,

en efecto, en este punto, en oposición con Darwin: creemos que las diferencias poseen particularidades que aquéllas no pierden jamás por lejos que se lleven las informaciones. Esto no se aplica solamente al color de la piel, que es el carácter más modificable, relativamente, aunque el negro bajo los climas septentrionales no se hace blanco ni el europeo bajo el Ecuador se hace negro, sino, sobre todo, en la forma, en la estructura y en muchas propiedades físicas, y más todavía, en las particularidades de *carácter*. No nos limitamos á creer en las cinco *razas primitivas de Blumenbach*, sino que admitimos *un mayor número*: fué preciso que la naturaleza las crease en las circunstancias más favorables, correspondiente á las condiciones físicas de las principales comarcas. Las condiciones físicas, desde que la tierra se encuentra en su estado actual, no pueden haber sido en todas partes las mismas. Desde esa época ha habido siempre en los polos otro clima y otras condiciones de existencia que en el Ecuador. Se apoya, es verdad, en que el hombre es incapaz de habitar en todas las zonas; en realidad he aquí lo que observamos: el hombre que proviene de una zona templada, es el único que puede soportar los cambios á que se expone yendo hacia el Norte ó hacia el Sur. Estos cambios no son más que la mitad de los que sufriría un esquimal transportado á los trópicos, ó un negro transportado á la zona glacial. Todas las veces que se ha tratado de una trasplatación de este género, se ha comprobado que todas las razas humanas no son propias para vivir y prosperar en todos los climas. Al contemplarlas de cerca, notamos una diferencia de vitalidad entre las diversas razas.

«Las razas, aun las más vivaces, de los climas templados, no pueden existir en una zona esencialmente

diferente más que cuando han conseguido un alto grado de civilización, y cuando, gracias á la posesión de recursos materiales variados é importantes, tienen la posibilidad de sustraerse en gran parte á las influencias de los climas extranjeros.

»El hombre originario de la Europa Central que bajo los trópicos quisiera cultivar los campos como el negro, ó que en el país de los esquimales quisiera vivir como los esquimales, no tardaría en perecer indefectiblemente; y no solamente él sucumbiría, sino que tampoco sus hijos podrían subsistir.»

#### B.—A propósito de la cuestión del libre arbitrio

J. Cuno Fischer, en su opúsculo *Die Freiheit des menschlichen Willens und die Einheit der Naturgesetze* (La libertad de la voluntad humana y la unidad de las leyes naturales), ha reunido con cuidado todos los argumentos en favor de la no libertad de la voluntad que en todo tiempo han sido invocados por los filósofos y los sabios. Sobre estos argumentos ha edificado su demostración *contra* la libertad de la voluntad. Esta demostración, en general, es irreprochable, y la aceptamos completamente. No creemos menos (y esto por razones ya indicadas) que las demostraciones de Fischer y de todos sus predecesores están al lado de la cuestión. Ellos y él se colocan únicamente en el terreno de la psicología individual y consideran todas las influencias que obran sobre la voluntad del individuo que le determinan. Pero, al mismo tiempo, miran al individuo como un ser aislado, abstracto, ser que no existe en la realidad, en lugar de verle tal como es realmente, es decir, miembro de un grupo social ó de muchos grupos sociales, sostenido por enlaces y fibras que le mantienen

sólidamente. Como desdeñan ver *sociológicamente*, por decirlo así, se les escapa una serie de motivos determinantes de la voluntad individual. Estos motivos son los más importantes; la voluntad individual no puede jamás, ni en modo alguno, desprenderse, los obedece inconscientemente, naturalmente, ineluctablemente. Todo el secreto de la no libertad de la voluntad nos parece, en efecto, consistir en que los movimientos sociales son movimientos de masas ó más bien de grupos que obedecen á leyes ó á una necesidad natural; el individuo no tiene otra alternativa que tomar parte en estos movimientos que le arrastran con extrema fuerza, ú oponerse desplegando una fuerza excepcional. En estos últimos casos, su acción, contraria á la de su grupo, no está menos determinada por el movimiento en dicho grupo. De éste, de la atmósfera que le rodea, el individuo recibe su dirección intelectual y moral, su disposición intelectual completa y la facultad de dejarse guiar en sus acciones por ciertos *motivos*, y es, *según* este conjunto, cómo el individuo obra generalmente. Todos los días tenemos una prueba del encadenamiento de la voluntad individual por el grupo en que vive el individuo. Lo que hace generalmente el individuo no es lo más razonable, sino lo conveniente, lo que exigen las costumbres, lo que no choca en «el mundo». El individuo *normal* no puede obrar de otro modo, ni aun cuando su inteligencia individual le haga encontrar no razonable su acción. ¡Que se le obligue al duelo, á las innumerables ceremonias religiosas, á las formalidades absurdas de la etiqueta! Sí; esta disposición del grupo obliga al individuo á obrar constantemente contra su interés.

Cierto que se encuentran espíritus fuertes, caracteres vigorosos de hombres excepcionales, pero, ¿qué

pueden hacer sino resistir á los impulsos que les son dados por una necesidad natural y obrar de un modo contrario á estos impulsos? Por lo demás, estos casos excepcionales implican que la acción (*de oposición*) está determinada por una ley, por una necesidad natural. Un ejemplo sacado de la política para comprender nuestra opinión.

*En general*, el miembro de una clase social, en sus acciones y en sus omisiones, defenderá los intereses de esta clase. Así; el retoño de una familia de la antigua nobleza sostendrá en general los intereses conservadores. Pero sobrevienen individuos excepcionales que encontrando en su elemento social estas corrientes imperiosas las resisten. Muchas veces también, cooperan diversas causas para poner al individuo en contradicción con su corriente, cuya naturaleza le determina. Pero, entonces, es por la ley de la oposición como el individuo en cuestión está determinado, y entonces se hace demagogo (piénsese, por ejemplo, en Mirabeau). Se engañaría, sin embargo, quien imputase estos fenómenos excepcionales á una libre voluntad de los individuos, ó si se les citase como prueba en apoyo de esta libre voluntad. Estos individuos aislados, anormales, sufren la ley de la oposición con tanta necesidad natural como los individuos normales sufren la ley de la determinación social.

No hemos querido más que indicar una laguna, que nos aparece evidente en la psicología tradicional. Esta se adhiere á un falso atonismo; no considera jamás más que al individuo, las fuerzas é inclinaciones que están en lo más profundo del ser de este individuo. Debería considerar las corrientes que atraviesan los grupos; en estas corrientes es preciso buscar los motivos que por golpes y contragolpes hacen mover los grupos.

Otro error, tanto de Cuno Fischer como de sus predecesores nos parece ser el haber falsamente concebido y aplicado el «materialismo». Todos estos filósofos y adversarios del libre arbitrio, materialistas, tienden á demostrar «la materialidad» del pensamiento, tan bien como las causas que le producen (Fischer). Fischer precisa este punto de vista de la manera siguiente: «El mismo proceso mecánico, las mismas fuerzas físico-químicas (mecánicas) que forman y transforman las materias inorgánicas por una serie de desarrollos y transformaciones no interrumpidas pasan hasta el hombre intelectual. Ninguna fuerza nueva brota en el organismo, por elevado que sea, del hombre intelectual; este organismo, descendiendo directamente de formaciones inorgánicas, está formado por fuerzas y leyes *idénticas á las del mundo inorgánico.*» Es, en verdad, llevar demasiado lejos el materialismo, lo que, dicho sea de paso, no es en modo alguno, necesario para probar la no libertad de la voluntad. Las nociones y los pensamientos humanos son, en efecto, como hemos expuesto más arriba, influidos y determinados, no solamente por causas *materiales* sino también por causas inmateriales, tales como los incidentes, las series de acontecimientos, las circunstancias de la vida y la experiencia adquirida.

La aparición de percepción y el proceso del pensamiento, puesto en actividad por estas influencias, no son materiales y no tienen necesidad, para ser absolutamente necesarios, de ser formados y puestos en movimiento por fuerzas y leyes que sean *«idénticas á las del mundo inorgánico»*. Idéntico lo es ciertamente el proceso, y no menos que todos los procesos físicos, obedece á leyes generales y muy poderosas. En cuanto á los factores y á las causas que emplean y hacen marchar este proceso que influyen sobre él ó que le

construyen, son inmateriales; son series de acontecimientos, de fenómenos sociales, etc., que muchas veces, ni en su naturaleza, ni en su acción, son idénticos con la naturaleza y la acción de los ácidos y de las sales, la atracción y de la repulsión, de la electricidad y del magnetismo.

Abandónese, pues, el punto de vista casi materialista y que se conciban las cosas á sangre fría, *es decir, como son*. Sí; una idea un pensamiento, son cosas inmateriales. Son fenómenos intelectuales; pero este pensamiento (esto es cierto) no puede surgir más que de un substratum material. Sin cerebro no hay pensamiento, sin fósforo no hay cerebro: esto es exacto. En el momento, sin embargo, en que el pensamiento surge del substratum material necesario, brota una nueva fuerza. Esta no es idéntica á las fuerzas químicas y físicas; pero también es cierto que no es sobrenatural, y que, como todas las fuerzas naturales, está sometida á leyes fijas y á influencias naturales, entre las cuales sale toda una serie de fuerzas inmateriales que no han tenido jamás influencia sobre el mundo inorgánico ni sobre el mundo animal inferior.

En una palabra, la teoría de la no libertad de querer debe librarse de tan estrecho «materialismo»; por el contrario, avanzará, se enriquecerá considerablemente agregándose á la sociología la filosofía del porvenir.

### C.—Sobre la historia como ciencia.

La historia escrita, ¿es una ciencia, en la significación ordinaria de la palabra? Schopenhauer es, en nuestro entender, el primero que ha abordado esta cuestión. Un poco tímidamente, pero con buenas razo-

nes, niega á esta rama del saber humano el carácter de ciencia.

«En toda especie y en todo género de cosas, los hechos son innumerables: los seres *individuales* son infinitamente numerosos, no puede abrazarse la multiplicidad de sus diferencias. El espíritu, ávido de conocer, se siente acometido del vértigo en presencia de esta multiplicidad. Por lejos que lleve sus investigaciones, se ve condenado á la ignorancia. Pero he aquí que interviene la ciencia: establece divisiones en lo que es innumerable, lo reparte bajo nociones y especies, reúne después bajo nociones de género lo que es así clasificado, abre así camino al *reconocimiento de lo que es general y de lo que es particular*; reconocimiento que abraza aún la individualidad innumerable, aplicándose á todo, sin que haya que considerar *cada objeto ó parte*. Prepara así el reposo al espíritu investigador. En seguida todas las ciencias colócanse las unas al lado de las otras, y por encima del mundo real de las divinas cosas, en el orden en que se han repartido entre sí. Por encima de todos está la filosofía, que es el saber más general y por consiguiente el más importante aquel que promete revelaciones que los otros no hacen más que preparar. *Solamente la historia no tiene, propiamente hablando, derecho alguno para entrar en esta serie*. No puede vanagloriarse del privilegio que poseen las otras, *porque no tiene el carácter fundamental* de la ciencia, la subordinación de aquello de que se tiene conciencia, puesto que en lugar de esto no presenta más que una simple coordinación de hechos registrados. He aquí por qué *no hay sistema en la historia*, como lo hay en toda ciencia. La historia es un saber, no es una ciencia, porque en parte alguna reconoce el hecho aislado sirviéndose de lo que es general, sino que se re-

duce á coger inmediatamente el hecho particular y á avanzar deslizándose, por decirlo así, en el terreno de la observación. En cuanto á las ciencias verdaderas, se encuentran por encima, habiendo adquirido nociones generales que abrazan y dominan los hechos aislados. Además, todos, por lo menos, en ciertos límites, ven á lo lejos la posibilidad de las cosas de su dominio, de suerte que pueden alcanzar lo que vendrá. Siendo las *ciencias* sistemas de nociones, hablan siempre de *géneros*; la historia habla siempre de *individuos*. Sería, por consiguiente, *ciencia de individuos*, lo que implicaría una contradicción.

»Síguese de lo que se ha dicho en primer lugar, que las ciencias hablan todas de lo que es *siempre*, y la historia, por el contrario, no habla jamás más que de lo que ha sido una vez y no la segunda.»

Además, la historia se ocupa sencillamente de lo que es aislado é individual, asunto que es inagotable por su naturaleza, y no sabe todo más que imperfectamente y por mitad. De otra parte es preciso que al mismo tiempo se haga enseñar á propósito de cada día nuevo, lo que no sabía todavía, puesto que se ocupa de los hechos de todos los días. No teniendo por objeto jamás la historia más que lo que es aislado, que el hecho individual, y considerándolo como lo que es, exclusivamente real, es precisamente lo contrario de la filosofía. Esta considera las cosas desde el punto de vista más general, y es lo que tiene expresamente por objeto lo general que permanece idéntico en todo lo que es aislado; he aquí por qué en lo que es aislado no ve otra cosa que lo que es general, y declara no esencial al cambio de aspecto. Mientras que la historia nos enseña que en toda época hay algo diferente, la filosofía se esfuerza por ayudarnos á ver que en *todas las*

*épocas es siempre la misma cosa que ha sido, que es y que será.* En verdad, la esencia de la vida humana, lo mismo que la naturaleza, existe completa en todas partes, en todo presente, y, por lo tanto, para llegar á conocerla y agotarla, basta la profundidad de la concepción.

En cuanto á la historia, espera reemplazar la profundidad por la longitud y la anchura: para ella, todo presente no es más que una fracción que tiene que ser completada por el pasado, pero un pasado en el cual la longitud es infinita, como infinito es el porvenir; en esto es en lo que reposa el contraste entre las cabezas filosóficas y las cabezas históricas: las primeras quieren profundizar, las otras quieren extenderse indefinidamente en sus enumeraciones. La historia no hace más que presentar la misma cosa en cada página; solamente la presenta bajo diferentes formas.

Los capítulos de la historia de los pueblos no difieren en el fondo más que por los nombres y el cambio de los años; pero lo que esta historia contiene de esencial es siempre idéntico. Siendo, pues, la materia del arte *la idea* y siendo la materia de la ciencia la *nación*, vemos el arte y la ciencia ocuparse una y otra de lo que es siempre de la misma manera; pero no de lo que tan pronto es como no es, de lo que es tan pronto de una manera como de otra: ambas se ocupan de lo que Platón exige como siendo exclusivamente el asunto del verdadero saber. La materia de la historia, por el contrario, es el hecho aislado en un aislamiento y en su contingencia es lo que es siempre y no es siempre; son los encadenamientos pasajeros de un mundo humano móvil como los mares al viento. A menudo, el más insignificante modifica estos encadenamientos. Desde este punto de vista, la materia de la historia apenas si se nos presenta como un objeto digno de ser

considerado serio y penosamente por el espíritu humano, por este espíritu humano que precisamente porque es perecedero debe elegir lo imperedero como objeto de atención.

Después de estas observaciones negativas, perfectamente exactas contra la pretensión científica de la historia, Schopenhauer condena no menos exacta y justamente la tentativa de Hegel para hacer de la historia una ciencia.

Termina su ejecución, un poco apasionada, en los términos siguientes:

«Los hegelianos, que consideran la filosofía de la historia como el objeto principal de todos los filósofos, deben ser remitidos á Platón, quien repite hasta la saciedad que el objeto de la filosofía es lo invariable y lo permanente; pero no lo es tan pronto de esta manera ó de la otra. A todos los que se complacen en figurar así el curso de los acontecimientos, ó, como dicen ellos, de la historia, para esos ha escapado la verdadera y principal noción de toda filosofía, es decir, su afán en toda época viene á ser idéntico. Todo el venir á ser y surgir no es más que apariencia; las ideas solas son permanentes, el tiempo es ideal. He aquí lo que quiere Platón, he aquí lo que quiere el Estado. *Es preciso, pues, buscar lo que es verdaderamente hoy y á perpetuidad.* Es decir, reconoce las ideas (según el pensamiento de Platón).

»Una verdadera filosofía de la historia no debe, pues, considerar lo que, usando el lenguaje de Platón, viene á ser siempre y no es jamás, tomándolo por la esencia propiamente dicha de las cosas. Debe considerar lo que es siempre y nunca viene á ser esa cosa. No consiste en erigir los objetos temporales de los hombres en objetos eternos y absolutos, en limitarse á trazar artifi-

cialmente y de una manera imaginaria de los hombres hacia estos objetos á través de todas las complicaciones. Consiste en ver que la historia es mentirosa, no solamente en la ejecución, sino hasta en su esencia, porque la historia no habla más que de individuos y de acontecimientos aislados; pretendiendo que cada vez tiene alguna historia diferente que contar *del principio hasta el fin, no hace más que repetir lo mismo bajo diferentes adornos*. La verdadera filosofía de la historia consiste en ver que en todas estas complicaciones misteriosas é inextricables tiene siempre delante de sí la misma esencia parecida é inmútable que permanece hoy como era ayer y como será eternamente. Esta filosofía debe, pues, reconocer lo que hay de idéntico en todos los acontecimientos de los pueblos antiguos como de los tiempos modernos, del Oriente como del Occidente, y, á pesar de toda la diferencia de las circunstancias especiales de las costumbres y de los hábitos, distinguir siempre la misma humanidad.

Hasta el presente, los pensamientos de Schopenhauer, en tanto que niegan el carácter de ciencia á la historia tal como se escribe de ordinario, en tanto que demuestra lo característico de la filosofía de la historia construída por Hegel ó á la manera hegeliana, son irrefutables. La negación es, por lo demás, el fuerte de Schopenhauer. ¿Sospechaba él la ciencia verdadera de la historia? ¿Tenía idea de la manera cómo había de constituirse la historia? ¿Ha indicado el camino que hay que seguir para tratar científicamente la historia? Si nos planteamos estas cuestiones, nos vemos obligados á responder negativamente. Las indicaciones positivas en este punto son absolutamente insignificantes. Escuchemos lo que dice: «Esta cosa idéntica y que persiste en todo cambio de fenómenos, estriba en las pro-

piudades fundamentales de *corazón y cerebros* humanos, de los cuales son muchos malos y de los cuales son pocos buenos.» La ciencia de la historia ¿debe ser sencillamente psicológica? ¿Debe estudiar el corazón y el cerebro humano? ¿A qué entonces el pasado y la historia? Para este estudio la nota natural nos suministra documentos suficientes y aun abundantes más dignos de confianza que los que nos proporciona la tradición histórica más auténtica. Suscribimos de buen grado el aserto de Schopenhauer, según el cual la divisa de la historia debería ser *Eadem sed aliter*, «pero cuando Schopenhauer no aplica esta doctrina más que al corazón y al cerebro humano», la ciencia de la historia se le escapa y no conserva en el lugar de esta ciencia más que una ciencia del cerebro humano y del corazón humano lo que es cosa de todo punto diferente. En una palabra: Schopenhauer sabe muy bien por qué la historia escrita á la manera ordinaria no es una ciencia; pero solo de una manera vaga sospecha de qué modo sería menester buscar la creencia de la ciencia histórica. Está demasiado profundamente influida por el individualismo y el atomismo, y á despecho de sus numerosas opiniones exactas sobre el mundo y sobre el hombre, no pasa de cierto «antropometrismo, según el cual los objetos más importantes que habría que considerar en la historia serían en el cerebro humano y el corazón humano». Sabemos según todos los desarrollos precedentes, qué papel subordinado y descuidado juegan en la historia los centros muscular y nervioso, y cuán poco las grandes leyes de la historia se cuidan del corazón y del cerebro humano; bien lejos de ser influidos por ellos, sabemos asimismo que en el curso de la historia se pueden estudiar otras cosas que el corazón humano y el cerebro humano no desarrollándose

el proceso natural de la historia á voluntad del hombre; es evidente que el corazón humano y que el cerebro humano no *se revelan* en las fases de este proceso, y, por consiguiente, no pueden ser estudiados aquí.

Schopenhuer no era historiador, y no se ha ocupado en escribir historia; si lo hubiera intentado según las disposiciones positivas dadas por él, estaría convencido de que habría producido una cosa muy distinta de la ciencia de la historia.

Hay, por lo demás, una distancia enorme entre una crítica negativa exacta y un plan positivo exacto y *a fortiori* entre la crítica negativa y la ejecución del plan positivo: podemos comprobarlo á propósito de otro escritor que ha marcado en su época, y que, al lado de Schopenhauer, merece ser citado desde el punto de vista de la Ciencia, que es el segundo adversario de la historia escrita como lo está ordinariamente. Hablamos de Buckle. Menos filosóficamente que Schopenhauer, con menos penetración y fuerza, pero no menos justamente, Buckle ha negado á la historia, tal como es concebida y presentada, el carácter de ciencia; nos parece, por lo demás, que no ha conocido á su gran predecesor alemán. «La necesidad de generalizar en todos los grandes dominios de la investigación, es reconocida por todo el mundo. Los investigadores, apoyándose en hechos particulares, tientan nobles esfuerzos para llegar á *descubrir las leyes que gobiernan* estos hechos; los historiadores, por el contrario, tan lejos están de apropiarse este procedimiento, que la mayor parte de entre ellos estiman, sobre todo, tener que contar hechos, salvo á animarlos de consideraciones morales y políticas convenientes. Todo escritor es apto para escribir la historia conforme este plan, cuando por pereza intelectual, por estrechez natural de espíritu, fuera incapaz de tra-

zar las ramas más elevadas del saber; le bastaría pasar algunos años en la lectura de cierto número de libros para poder escribir la historia de un gran pueblo y hacerse notar en su especialidad». Buckle muestra cuán poco científica es la historia escrita, de esta suerte comparada con la ciencia natural. «Los fenómenos que en la naturaleza parecen más irregulares y más contradictorios han sido explicados y se ha establecido que están de acuerdo y con ciertas leyes universales y generales. ¿Se ha llegado á esto? Porque hombres de talento y de espíritu paciente é infatigable han estudiado la naturaleza con intención de *descubrir en ella la ley*. Al someter las series de hechos del mundo humano á un tratamiento semejante, tenemos derecho á esperar también un semejante resultado». Hasta aquí podemos adherirnos sin restricción á la opinión de Buckle: hasta aquí nos vemos forzados á darle plenamente razón en presencia de los ataques de Droysen, en nada justificados. Droysen no ha comprendido las premisas perfectamente exactas de Buckle, ó no ha querido comprenderlas. Se burla á expensas de Buckle porque, no reconociendo en la historia el carácter de una ciencia, se propone elevarla á la categoría de ciencia.

En lo que concierne al primer punto, Droysen se ha dado buena maña, porque lo que hubiera debido refutar no era la argumentación de Buckle, exacta pero poco profunda, sino la de Schopenhauer que hemos mencionado más arriba.

Con sofismas tan vanos como los que emplea en combatir las premisas de Buckle, se puede fácilmente negar las verdades más evidentes, pero sin convencer á nadie. Droysen aparenta creer que Buckle no se ocupa más que *de otro método* de tratar la historia, el método

de la ciencia natural, y presenta esta objeción. Toda ciencia presenta su método propio, su manera de ser especial. Hay aquí una falsa suposición; todos los desarrollos de Buckle gravitan alrededor de esto: *la ciencia es una*, no hay más que un sólo método exacto, la inducción, en fin; la historia también es una *ciencia natural*, á la cual no se aplica, por consiguiente, más que el método de las ciencias naturales, es decir, la inducción. He aquí lo que Droysen no quiere comprender, y si habla de una manera de ser teológica, filosófica, matemática y física, es para poder añadir el modo de consideración histórica.

Desde el punto de vista de Buckle, que encontramos perfectamente exacto, la historia es una *ciencia natural* (la del género humano), y no hay más que un método científico que explicar, el método de inducción aplicado á las ciencias naturales. ¿A qué, habiéndose dado este punto de vista, objetar que «se puede considerar el mundo moral desde puntos de vista muy diferentes» á los puntos de vista prácticos, técnicos, jurídico-social, y que, «en fin, una de las *maneras de considerar* el mundo moral es la manera histórica»? Es cierto que se puede considerar el mundo «desde todos estos puntos de vista»; pero ninguno de ellos es científico, ni el punto de vista práctico, ni el punto de vista técnico, ni el que se califica de histórico. Como hemos dicho, Droysen no parece haber comprendido la idea muy exacta de considerar la historia como una ciencia natural, y solamente como sofista combate los errores que atribuye á Buckle.

¿Ha logrado éste cumplir la tarea que se había propuesto y que era la de tratar la historia como una ciencia, la ciencia natural? Nosotros también, á la verdad, contestamos negativamente á esta pregunta; sin em-

bargo, su tentativa general para resolver este problema planteado en sus verdaderos términos, merece toda estima y toda aprobación, la que Droysen no le hubiera ciertamente negado si hubiese reconocido la posibilidad de plantear bien el problema.

El error de Buckle en la traducción práctica de sus puntos de vista teóricos, es, en efecto, excesivamente instructivo para sus sucesores, y, por consiguiente, de un gran valor para la ciencia.

Vamos á indicar brevemente en qué consiste este error. Buckle está todavía demasiado profundamente hundido en la concepción dualista del mundo, y á pesar de todos sus esfuerzos no puede emanciparse. Representa la *naturaleza* y el *espíritu humano* como dos factores independientes y opuestos. Hace salir la historia «de la creación y de la influencia recíprocas de estos factores»: casi casi es un error de cuyas consecuencias fatales no puede salir y que hace de toda su obra un *ensayo* abortado»; todo lo que ha ocurrido precedentemente, dice Buckle, debe ser necesariamente un fenómeno interior ó un fenómeno exterior: es, pues, evidente que la multiplicidad de los acontecimientos, ó, en otros términos, *todas las modificaciones de que está llena la historia y todas las vicisitudes por que ha pasado el género humano*, que su progreso y su retroceso, su felicidad y su desgracia deben resultar de una doble actividad de la creación de los fenómenos exteriores sobre nuestro interior y de la acción de nuestro interior sobre nuestros fenómenos exteriores.

*Por medio de estos materiales es como se puede calificar una historia científica.* «Esto es lo que destruye el error de Bukle. Y la distinción entre fenómenos interiores y los fenómenos exteriores es científicamente insostenible, es una distinción que no tiene nada de esen-

cia. Esta distinción, de pura forma ó propiamente local, está justificada por ciertas demostraciones (por ejemplo, en lógica ó psicología), á que conduce á Buckle á considerar el mundo desde el punto de vista dualista: así es como se engolfa en los recodos de una vía muy falsa y descende cada vez más en el abismo. En el dualismo, Buckle desdeña ver que el espíritu humano no es otra cosa que un *fragmento de la naturaleza*: entra cada vez más profundamente en la oposición que parece existir y en la cual se cree generalmente, aunque de hecho no existe entre el espíritu humano y la naturaleza que la rodea.»

A partir de este momento, Buckle, para allanarse el camino y prepararse á considerar la influencia recíproca de estos factores opuestos, se entrega *al análisis* de la «naturaleza». La divide, relativamente á su influencia sobre el «espíritu humano», en cuatro elementos: el clima, la nutrición, el suelo y el fenómeno natural en general.

Se cree desde este momento en el gran camino de la investigación, á cuyo término encontrará, de seguro, la verdad; pero, en rigor, ha llegado á una ruta diversa que le apartará cada vez más de esta verdad. Buckle no ve más que, si las acciones humanas, si la historia humana están influidas por la «naturaleza», los medios por los cuales ejerce esta influencia deben ser bastante menos buscados en el clima, el suelo, la nutrición, etc., que en la estructura del hombre. El cerebro humano con su cualidad es un factor más importante que la naturaleza del suelo, que la configuración de las montañas y de los ríos; el temperamento del hombre es un factor más importante que el clima; la *cualidad* del hombre toda entera, sea innata ó adquirida por la educación, tal es la naturaleza que tiene

influencia sobre la historia humana, y este es un grado á que no pueden elevarse las influencias posibles del clima, del suelo, de la instrucción, etc.

Esta «naturaleza», la «naturaleza del hombre», la deja Buckle enteramente de lado para perderse en la exploración de la influencia de la «naturaleza» del suelo y del clima sobre la historia humana; Buckle examina los árboles y no examina el conjunto del bosque. Atribuye éste la nutrición al clima, á la constitución del suelo, fenómenos históricos que no tienen su causa más que en la naturaleza de los hombres, independientemente de todo clima, de toda nutrición, de toda constitución del suelo. Tan cegado está en este punto, que no se ocupa en la influencia que se ejercen sobre la historia las relaciones sociales que resultan de la naturaleza del hombre; no tiene ojos ni comprensión más que para las influencias muy problemáticas, y, en tal caso, muy poco sensibles del clima, de la nutrición, etc. La primera cosa, dice Buckle, y en muchas ocasiones la más importante que resulta para un pueblo de su clima, de su nutrición y de su suelo, es la acumulación de riquezas, ¡Qué exclusivismo! Ciertamente el clima, la nutrición y el suelo, influyen sobre la acumulación de riquezas. Pero ¿cómo Buckle ha podido no ver que la primera condición de esta acumulación es el *hombre mismo*; es decir, una reunión social de hombres, hechos de tal manera, que esta situación social hace posible una acumulación de la riqueza, el clima apropiado, la nutrición y el suelo, etc., que vienen en segundo término?

En el *más rico* país, respecto del clima de la nutrición y del suelo, una población indolente abandonada á sí misma, vegetará durante millares de años sin acumular riquezas. Testigos tantas hordas de pueblos en estado de naturaleza como andan errantes en las

regiones más benignas de Asia, de Africa y de América.

De otra parte, en regiones menos favorecidas, *eltrabajo social*, es decir, una potente organización del trabajo y poderosas instituciones de estado, lo que suponen *hombres* dotados á este efecto á instituciones sociales correspondientes, acumulan riquezas y echan así los fundamentos de la civilización.

Buckle deja á un lado todas estas consideraciones, la naturaleza diferente de los hombres y la naturaleza de las instituciones sociales, causas esenciales de toda «historia» y de toda civilización.

Vamos á mostrar con algunos ejemplos, á qué falsas conclusiones en el dominio de la historia puede conducir esta omisión.

Si las hordas mongolas y tártaras han fundado en diversas épocas grandes monarquías en China, en la India y en Persia, y han podido en estos casos especiales alcanzar una civilización que no ha quedado detrás de aquella que habían poseído los imperios antiguos más florecientes. Buckle lo atribuye á la fertilidad y al clima favorable de estos países. Buckle en esto, no considera que las hordas mongolas y tártaras no habrían estado jamás en el caso de fundar «grandes monarquías» en estos países, y lograr un alto grado de civilización si no hubiesen encontrado en todas partes una población indígena á la que subyugaron y á la que hicieron entrar á la fuerza en la organización política del trabajo.

Si los mongoles y los tártaros no hubieran encontrado en su favor más que la fertilidad del terreno, no hubieran fundado monarquías, ni hubieran llegado á establecer civilización alguna.

Someter la población sometida en el país, tal era la

condición *sine qua nom* de esta civilización y de estas monarquías, Buckle no vió ni comprendió esta causa, la más importante de este fenómeno histórico. Tan ciego está sobre este punto, que no se ha preguntado (cuestión que, sin embargo, se imponía por sí misma), por qué la numerosa población indígena no había fundado grandes monarquías con una gran civilización sobre este suelo, que era igualmente fértil antes de la irrupción de los primeros conquistadores, en este clima que no era antes menos favorable. ¿Por qué, pues este terreno fértil y este clima favorable, como la numerosa población indígena, esperan siempre á los invasores extranjeros para producir las grandes monarquías y la alta civilización? ¿No es cosa clara que hay un grosero error en la argumentación y en las conclusiones de Buckle?

Sí; Buckle aprecia falsamente la causa de la civilización en la India, la Persia y la China, y no se engaña menos en lo que concierne á la causa del impulso de la denominación árabe en la Edad Media. Asimismo dice; los árabes en su país han sido siempre un pueblo frustrado, sin cultura intelectual; pero en el siglo VII conquistaron la Persia, en el VIII la mejor parte de España, en el IX el Pendjab, y finalmente casi toda la India.

Desde que se hubieron instalado en sus nuevos establecimientos su carácter pareció experimentar un gran cambio. Los que en su patria no fueron apenas más que salvajes errantes, pudieron reunir por primera vez riquezas, y, por consecuencia, hacer algunos progresos en las artes de la civilización. En Arabia habían sido pueblos pastores errantes, en sus nuevas tierras fueron fundadores de imperios poderosos: edificaron ciudades, establecieron escuelas, crearon bibliotecas. Las huellas de su poder subsisten en Córdoba, Bagdad y en Delhy.

Todo esto está muy bien; pero como Buckle no ha podido ver que en España algunas hordas de nómadas árabes medio salvajes no hubieran llegado á tanto esplendor á pesar de la fertilidad del suelo y la belleza de clima, si el terreno social de la península Ibérica no hubiese sido, desde hace siglos, fertilizado por los iberos, los fenicios, los celtas, los romanos, los godos, los vándalos, etc.

Sobre este suelo así preparado, floreció la cultura árabe, pero no es el suelo designado por Buckle suelo en el cual *los castaños cabren de sombra las orillas del Ebro*, lo que explica la alta civilización árabe, no es el clima y el suelo de los países que habían invadido; sino la circunstancia de que estas hordas medio salvajes supieron establecer su *dominación* en estos países, y que sobre todo en España hicieron cooperar en su organismo político á una mezcla de pueblos muy desemejantes y ya más civilizados en muchos respectos.

Estos puntos de vista sociológicos no existen para Buckle: quiere hacerlo derivar todo del suelo, de los climas, la nutrición, etc.

De aquí, como hemos dicho, su gran error; error que ha hecho fracasar su grandiosa empresa científica. A pesar de todo, Buckle, esto es lo cierto, ha contribuido más poderosamente al desarrollo de la ciencia que su crítico presuntuoso, el historiador de la política prusiana, que se burla á sus expensas, porque Buckle, con todos sus errores, es un gran investigador: ha abierto á los hombres el camino que debe conducir al conocimiento de la verdad. Por consiguiente, si hemos procurado en esta obra corregir un gran error cometido por él; si, por ventura, hemos tenido la suerte de indicar la vía por la cual será posible llegar á convertir la histo-

---

ria en una ciencia, no es, en modo alguno, nuestro el método. No: el mérito es de Buckle, el cual, con la publicación de su memorable obra, ha invitado á centenares de sabios esparcidos por Europa y por América á buscar esta vía.

**U.N.A.M.**  
**MARIO DE LA CUEVA**

FIN